

El Emmanuel



Carlos Diego Gutiérrez, CSsR

Seguro que todos tenemos a alguien que sabemos que está ahí en todo momento, que no nos abandona, a quien podemos acudir porque es ese tipo de persona que, pase lo que pase, podemos contar con su presencia, una presencia que es bendición para nuestra vida, que está en los buenos y malos momentos, y que es capaz de poner luz en nuestras vidas.



Acabamos de comenzar el Adviento, y celebramos con él no sólo la preparación para el nacimiento de Jesús, el Hijo de Dios, sino que celebramos la esperanza gozosa de la manifestación gloriosa de su presencia de nuevo entre nosotros. Para la Sagrada Escritura, y la esperanza del Pueblo de Dios, la presencia de su Salvador en medio de ellos es un tema transversal y una vivencia clave en su relación con su Creador. Así pues, el sentimiento de tener cerca a Dios se puede atisbar desde la primera hasta la última página de la Biblia.

Dios está

El libro del Génesis, aunque no de manera tan explícita como en otros pasajes, narra de manera sutil la presencia de Dios en el mundo ("el espíritu de Dios aleteaba sobre las aguas" – Gén 1,2), es decir, Dios no se ha mantenido al margen de su Creación ni un mínimo instante desde sus comienzos, ni se ha apartado de ella, sino que ha permanecido muy cerca de ella, "sobrevolándola". De igual modo, también lo ha hecho con el ser humano; así pues, leemos que, una vez creados el hombre y la mujer, "Dios se paseaba por el jardín a la hora de la brisa". Como si de algo habitual se tratara, la presencia de Dios se podía palpar en medio de los hombres, como si fuera

un "compañero de piso" con el que poder salir a dar un paseo.

Abraham, Isaac, Jacob, José... todos ellos han tenido la experiencia de un Dios que está con ellos y no los abandona, sino que los acompaña en la vida: "No temas, porque yo estoy contigo. Te bendeciré, y multiplicaré tu descendencia por amor" (Gén 26,24).

Yo soy el que estoy

Ahora bien, la manifestación y plasmación más explícita de esta certeza por parte de Israel se da en el momento más importante de su historia, el momento en el que Dios los libera de la esclavitud. Así, cuando Moisés se encuentra ante Dios en la zarza ardiente, Dios comienza a hablarle y le dice: "Bien vista tengo la aflicción de mi pueblo en Egipto, y he escuchado su clamor en presencia de sus opresores; pues ya conozco sus sufrimientos. He bajado para librarle" (Éx 3,7-8). Aunque el pueblo pudiera pensarse apartado de Dios, Él ha estado siempre ahí, escuchando su dolor, presente en medio de su pueblo y dispuesto a ayudarle por medio de Moisés. Encontramos el culmen de este momento, cuando Moisés le pregunta por su nombre y se encuentra con que Yahveh le responde: "Yo soy el que estoy; di a los israelitas 'Yo Estoy' me envía a vosotros" (Éx 3,14). Incluso

podemos permitirnos traducirlo por "yo soy el que ha seguido estando, el que no ha dejado de estar y seguirá estando". Maravillosa afirmación la de saber que lo más esencial y característico de Dios es "estar con su pueblo", que su ser más profundo se caracteriza por la presencia en medio de ellos, por no abandonarles.

Samuel, Josué, David, los reyes y profetas... todos, todos han recibido esta manifestación de Dios y han experimentado en sus vidas su presencia, y animado al pueblo a tomar conciencia de que Dios es un Dios con ellos: "No temas, que yo estoy contigo; porque yo soy tu Dios. Yo te he robustecido y te he ayudado, y te tengo en mis manos" (Is 41,10).

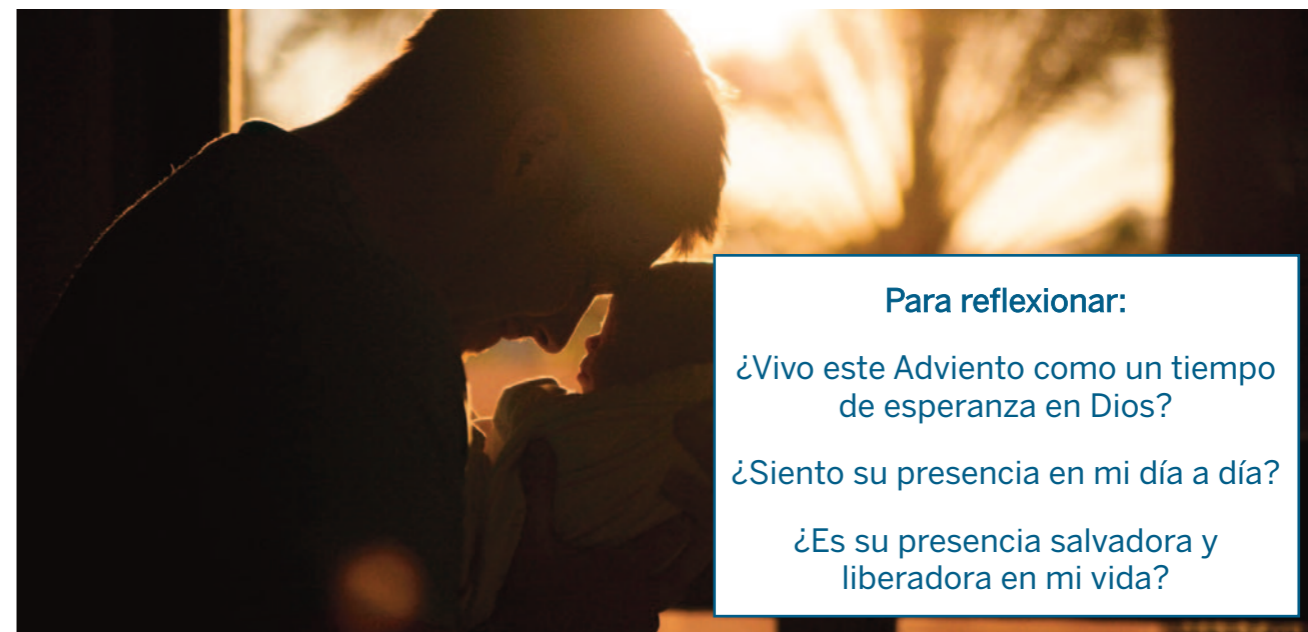
Yo estaré con vosotros

Pero, con diferencia, la mayor manifestación de la presencia de Dios, la realización de su habitar junto a nosotros, de estar con nosotros, es Jesucristo, el Dios hecho carne, hecho uno de nosotros, que habitó con nosotros y estuvo entre nosotros. Él es el Emmanuel, el Dios-con-nosotros, el cumplimiento de esta promesa de Dios de no abandonarnos, de permanecer cerca, para poder salvarnos y redimirnos. La presencia de Dios revelada y garantizada desde una zarza se concretiza en presencia palpable en el seno de una virgen. El clamor y los sufrimientos oídos desde ese fuego en Egipto se convierten en dolor y sufrimiento real con y por su pueblo en la cruz. Y la promesa de presencia y liberación permanente y definitiva se ratifican en su Resurrección: "Y he aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo" (Mt 28,20 – fin del Evangelio de Mateo).

Y ahora, con esta presencia asegurada, con fe aguardamos volver a gozar de ella por la eternidad: "Y oí una fuerte voz que decía desde el trono: «Esta es la morada de Dios con los hombres. Pondrá su morada entre ellos y ellos serán su pueblo y él, Dios-con-ellos, será su Dios» (Ap 21,3). Que este tiempo de Adviento (y en adelante) sepamos sentir la presencia de nuestro Redentor en medio de nosotros, y cultivemos con ardiente impaciencia la esperanza de volverle a ver paseando entre nosotros.

Del Evangelio según san Mateo (Mt 1,18-25)

"La generación de Jesucristo fue de esta manera: Su madre, María, estaba desposada con José y, antes de empezar a estar juntos ellos, se encontró encinta por obra del Espíritu Santo. Su marido José, como era justo y no quería ponerla en evidencia, resolvió repudiarla en secreto. Así lo tenía planeado, cuando el Ángel del Señor se le apareció en sueños y le dijo: «José, hijo de David, no temas tomar contigo a María tu mujer porque lo engendrado en ella es del Espíritu Santo. Dará a luz un hijo, y tú le pondrás por nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados.» Todo esto sucedió para que se cumpliera el oráculo del Señor por medio del profeta: Ved que la virgen concebirá y dará a luz un hijo, y le pondrán por nombre Emmanuel, que traducido significa: «Dios con nosotros.» Despertado José del sueño, hizo como el Ángel del Señor le había mandado, y tomó consigo a su mujer. Y no la conocía hasta que ella dio a luz un hijo, y le puso por nombre Jesús."



Para reflexionar:

¿Vivo este Adviento como un tiempo de esperanza en Dios?

¿Siento su presencia en mi día a día?

¿Es su presencia salvadora y liberadora en mi vida?